

LOS SIGNIFICADOS DENTRO DE LA CAJAS NEGRAS

GUILLERMO HURTADO

En diversos escritos R. Orayen ha analizado los argumentos que W. v. O. Quine ha dado en favor de su tesis de la indeterminación de la traducción y ha señalado algunos problemas de las propuestas quineanas (véase Orayen, 1987, 1989 y 1991). Mi propósito en esta nota crítica es hacer un par de observaciones acerca de "Indeterminación de la traducción y epistemología naturalizada", la más reciente contribución de Orayen sobre el tema.

Quine ha distinguido la noción de subdeterminación de la noción de indeterminación. Pocos estarían en desacuerdo con la tesis de la subdeterminación de la traducción (TST). Lo que no todos aceptarían es la tesis de la indeterminación de la traducción (TIT). Si (TIT) es verdadera, no podríamos dar una respuesta determinada a la pregunta de si dos símbolos significan lo mismo o de si dos personas piensan lo mismo (y por lo tanto, a las preguntas de si un símbolo lingüístico significa algo específico o de si alguien piensa algo en particular). El argumento en favor de (TIT) está basado en la concepción que tiene Quine acerca de la naturaleza del significado. Es más, podríamos decir que (TIT) se sigue tan sólo de (TST) y de la premisa acerca de la naturaleza del significado. El significado, para Quine, no se encuentra más que en la conducta del sujeto ante ciertos fenómenos observables. Pero si el significado no se redujera a la evidencia observable — como lo sostendría un mentalista — lo único que Quine podría mostrar es (TST) y no (TIT). Ahora bien, en "Indeterminación de la traducción y epistemología naturalizada" Orayen desarrolla una línea de ataque contra el argumento de Quine que cuestiona precisamente la premisa acerca de la naturaleza del significado.¹ Voy a sostener que si bien Orayen nos muestra que hay un problema serio en la argumentación de Quine en favor de su concepción del significado, cae en una postura mentalista poco favorable.

En un ensayo clásico sobre el tema, Friedman (1975) sostuvo que la tesis de la indeterminación de la traducción tiene dos versiones: una epistémica, en donde se dice que la totalidad de la evidencia aceptable no determina la traducción, y una ontológica, en donde se dice que la totalidad de

¹ Vale la pena contrastar la estrategia de Orayen en contra de la tesis de la indeterminación de la traducción con la seguida por Evans (1975) y Kirk (1986). Según ambos autores lo que está mal con el argumento de Quine no es realmente la premisa naturalista-conductista, sino la premisa de que la traducción está subdeterminada en grado sumo. Para Evans y Kirk las condiciones necesarias para el dominio de un lenguaje anulan la posibilidad de un conflicto radical e insondable entre distintos manuales de traducción.

los hechos no la determinan. La versión epistémica, claro está, no implica la ontológica por sí misma. Es más, yo diría que para derivar cualquier tesis ontológica de una epistémica necesitamos de un principio adicional — y por lo general muy debatible — que nos permita pasar de la una a la otra. En la misma vena, Orayen nos señala que Quine ha sostenido en repetidas ocasiones que la tesis ontológica de que los significados lingüísticos *consisten* en las disposiciones verbales de los sujetos ante un estímulo dado *se sigue* de la tesis epistémica de que *aprendemos* los significados lingüísticos mediante la observación de las conductas de otros sujetos en ciertas situaciones. Pero si bien la verdad de la tesis epistémica puede verse como un *indicio* de la verdad de la tesis ontológica, la tesis epistémica no *implica* la concepción del significado de Quine, ni ninguna otra tesis plausible acerca de la naturaleza del significado. (La tesis epistémica puede ser incompatible con alguna tesis acerca de la naturaleza del significado; lo importante es que sea compatible con al menos una tesis acerca de la naturaleza del significado que *no* sirva como premisa del argumento en favor de (TIT).) Por tanto, Orayen ha puesto a Quine en un serio aprieto. Quine debe ahora darnos un argumento distinto en favor de su tesis acerca del significado ya que, de otra manera, estaremos en nuestro derecho de tomar el argumento de la indeterminación de la traducción como una *reductio ad absurdum* de dicha concepción del significado.

Al final de su ensayo Orayen nos pretende mostrar de qué manera la tesis ontológica puede ser falsa, incluso si aceptamos que la tesis epistémica — debidamente modificada — es verdadera. Y es aquí en donde me parece que Orayen se mete en dificultades. Orayen distingue tres criterios de cuándo se conoce algo *por observación*. El tercero — que Orayen denomina criterio (c) — sostiene que “se conocen por observación hechos acerca de entidades teóricas (inobservables e irreducibles a nexos entre observables) cuando tales hechos se *infieren* de hechos observados mediante procesos de inferencia naturalmente enraizados en los seres humanos y que resultan de hecho exitosos” (p. 126). Orayen reconoce que el criterio (c) es “muy liberal”; y de hecho podría decirse que el criterio (c) no describe un tipo de conocimiento *por observación*, sino un tipo de conocimiento *basado* en la observación. (Orayen mismo hace una distinción similar a la anterior cuando nos dice que Quine ha subestimado lo que puede *añadirse* a la observación cuando se conoce *mediante* la observación (p. 128). Pero concedamos que el criterio (c) describe realmente un tipo de conocimiento observacional. El punto de Orayen es el siguiente: “independientemente del criterio que desee usar Quine, él nunca da elementos de juicio en favor de la ‘tesis epistémica’ que excluyan la posibilidad de que el conocimiento del lengua-

je sea del tipo descrito en el criterio (c)" (p. 127). Por tanto, Orayen piensa que si inferencias como las descritas en el criterio (c) acompañan la observación de la conducta lingüística, podría ser el caso que fuera cierta la tesis epistémica y no la ontológica. En palabras de Orayen, "los significados se conocerían mediante la observación de conductas, pero no se agotarían en las disposiciones a la conducta verbal, tendrían otros matices cognoscibles mediante la observación pero con la ayuda de procesos inferenciales complejos" (p. 128). Orayen nos describe el caso hipotético de una caja negra que puede observar lo que sucede dentro de sí misma pero no puede observar lo que sucede dentro de otra caja negra. Lo único que una caja negra puede conocer de otra caja negra es lo que sucede en su superficie externa. Ahora bien, aunque las cajas no puedan constatarlo, hay gran semejanza entre sus estructuras internas y entre las conexiones sistemáticas de lo que sucede adentro con lo que sucede fuera de ella; por lo tanto, cada caja puede hacer inferencias inductivas y analógicas exitosas acerca de lo que sucede dentro de la otra caja basadas en la observación de lo que sucede fuera de ella. Ahora bien, Orayen piensa que en aspectos parciales *los humanos somos como las cajas negras* y que suponer esto va en línea con la *epistemología naturalizada*. Cuando vemos que alguien se queja por un dolor o cuando vemos sus heridas —nos dice Orayen— nuestras conclusiones sobre el dolor ajeno, a pesar de que dicho dolor no sea directamente observable, son verdaderas (y observables según el criterio (c)). Ahora bien, cedamos el punto de que los humanos, como las cajas negras, tenemos una estructura interna similar, que las conexiones entre dicha estructura y la conducta externa son también similares y que, por naturaleza, tendemos a hacer inferencias analógicas e inductivas acerca de lo que sienten y piensan otras personas. Podemos incluso aceptar que *vemos* el dolor en un rostro deformado por el dolor. Lo que me preocupa es que Orayen piense que haya algo *dentro* de las personas que sólo sea *directamente observable* por la persona que lo tiene dentro y que, sin embargo, sirva para fijar el *significado* de un término o de una oración de *uso público*. Hay al menos dos problemas graves y bien conocidos con esta concepción acerca del significado. El primero —marcado por Wittgenstein— es que, a pesar de que podamos inferir lo que sucede en la conciencia de otras personas, el significado dentro de las cajas negras es esencialmente privado. El segundo —señalado por externalistas como Putnam (1975) y Burge (1979)— es que el sujeto tiene acceso directo e incorregible a los significados internos independientemente de lo que suceda en el contexto natural y social en el que se encuentra.

Por otra parte, no me queda claro si Orayen piensa que en el caso de que pudiéramos tener acceso a significados dentro de nuestra mente ya no habría indeterminación o iría más lejos y diría que no habría subdeterminación. Podemos aceptar, como quiere Orayen, que haya significados no reducibles a disposiciones de la conducta y que sean cognoscibles mediante observaciones e inferencias y, sin embargo, sostener que esto no basta para concluir que no hay indeterminación de la traducción, ya que podría ser el caso que ni siquiera dichos significados bastaran para determinar el manual de traducción correcto (por ejemplo, podrían determinar el significado de algunos términos pero no de todos). Ahora bien, Orayen puede responder que no le corresponde a él decir si seguiría habiendo indeterminación o no, sino a Quine, ya que de todas maneras corresponde a Quine reformular su argumento en favor de (TIT) de tal forma que se evite el paso incorrecto de la tesis epistemológica a la tesis ontológica. Pero Quine estaría en su derecho de pedirle a Orayen que nos diga qué son exactamente esos eventos dentro de las cajas negras que fijan el significado. Orayen, por tanto, se enfrenta a la siguiente pregunta: ¿qué eventos internos determinan significados lingüísticos y de qué manera intervienen en el aprendizaje lingüístico y la comunicación? Me temo que a menos que Orayen responda a esta pregunta convincentemente, su reto a Quine no tendrá la fuerza que él supone. Pero también me temo que no hay nada dentro de las cajas negras que determina el contenido. Como dijera Putnam en una de sus frases célebres: *meanings just ain't the head*.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS - UNAM

BIBLIOGRAFIA

Burge, T. (1979), "Individualism and the Mental", en French, P, *et. al.* (comps), *Contemporary Perspectives in the Philosophy of Language*, Minneapolis, University of Minesota Press.

Evans, G. (1975), "Identity and Predication", *The Journal of Philosophy* 72, 13.

Friedman, M. (1975), "Physicalism and the Indeterminacy of Translation", *Nous* 9.

Orayen, R. (1987), "Sobre el argumento de la indeterminación de la traducción", en Acero y Calvo (comps.), *Symposium Quine*, Universidad de Granada.

— (1989), *Lógica, significado y ontología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

—— (1991), "Indeterminación de la traducción y epistemología naturalizada", *Análisis Filosófico*, XI, Nº 2.

Putnam, H. (1975), "The Meaning of Meaning", en *Mind, Language and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press.

ABSTRACT

It's held that Orayen's arguments against Quine's thesis of indeterminacy of translation show a serious problem in the foundation of this thesis but, at the same time, these arguments lose strength because they are based on a discussable position in favor of the mental determinacy of meanings.